

Eduardo Matos Moctezuma

TENOCHTITLAN

DISTRITO FEDERAL

ARQUEOLOGÍA: DIÁLOGOS CON EL PASADO



Vivir Mejor

70 años

Instituto Nacional de Antropología e Historia

www.inah.gob.mx

www.gobamexico.gob.mx

GOBIERNO
FEDERAL

www.conaculta.gob.mx

CONACULTA



● Historia de las investigaciones

La ciudad de Tenochtitlan fue fundada por los mexicas en el año 1325. Este dato está consignado en diferentes fuentes históricas; el suceso, al parecer, se debe a que, en aquel año, ocurrió un eclipse solar que duró poco más de cuatro minutos; bien sabemos que estos fenómenos, presentes en algunos mitos, tenían un significado profundo en el México prehispánico: un eclipse era la lucha del Sol en contra de los poderes nocturnos, representados en la Luna. Parece que los sacerdotes mexicas adaptaron la fecha del eclipse a la fundación de su ciudad para, de esta manera, legitimizar el acontecimiento.

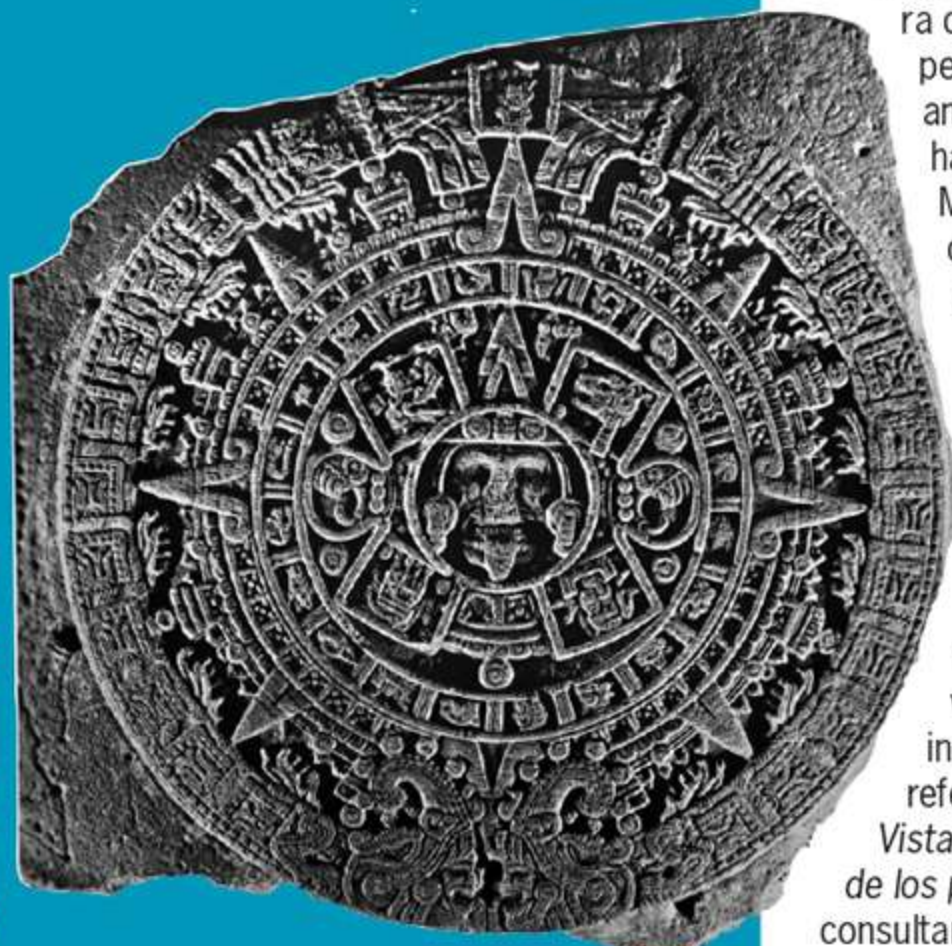
Tenochtitlan, dividida originalmente en cuatro grandes barrios, llegó a tener alrededor de 175 mil habitantes. A través de diversos cronistas ha llegado hasta nosotros vasta información acerca de la vida cotidiana de sus pobladores. La arqueología ha contribuido a enriquecer el conocimiento que tenemos de ella; ha podido, a lo largo del tiempo, arrancar de las entrañas de la tierra las obras materiales que quedaron sepultadas debajo de lo que hoy es la ciudad de México.

Los primeros hallazgos de los que se tiene noticia respecto a Tenochtitlan trajeron consecuencias importantes para la capital de la Nueva España. En el año 1790, con motivo de los trabajos de emparejamiento y construcción de atarjeas en la plaza mayor o Zócalo, ordenados por el segundo conde de Revillagigedo, entonces virrey de la Nueva España, se encontraron y recuperaron dos grandes esculturas mexicas: la Coatlicue y la Piedra del Sol o Calendario Azteca. La primera se encontró cerca de la esquina sureste de la plaza, el 13 de agosto, y la segunda, unos metros más hacia el poniente, el 17 de diciembre. En enero del siguiente año, un nuevo hallazgo atrajo la atención de los mexicanos: una escultura más de la llamada Piedra de Tizoc, localizada cerca del atrio de la Catedral.

Coatlicue, encontrada el 13 de agosto de 1790, en el actual Zócalo de la ciudad de México



Piedra del Sol, encontrada el 17 de diciembre de 1790, en el Zócalo de la ciudad de México



Lo relevante fue que, en primer lugar, las esculturas no fueron destruidas como hubiera ocurrido en el siglo XVI, sino que se preservaron como objetos importantes del pasado indígena. Los tiempos habían cambiado, Carlos III, quien ascendió al trono español en 1759, dio órdenes para que se conocieran y resguardaran los monumentos del pasado en todas las posesiones españolas. Él mismo, cuando gobernaba en Nápoles, ordenó excavaciones en Pompeya y Herculano, y creó el museo para guardar las piezas recuperadas. Su sucesor Carlos IV, de menos luces que el anterior rey, continuó algunos proyectos de su padre. Así, había ya una nueva actitud respecto al pasado indígena.

Un segundo aspecto importante fue que, con motivo del hallazgo en el Zócalo, se editó el primer libro sobre arqueología, en 1792: *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, cuyo autor era el sabio ilustrado don Antonio de León y Gama, quien estudió los dos monolitos y mandó hacer grabados de ellos. Esta publicación provocó un debate a través de la *Gaceta de Literatura*, entonces dirigida por otro sabio de la época: Antonio Alzate. Un tercer factor fue que, por órdenes del virrey, la Piedra del Sol fue empotrada en la torre poniente de la Catedral, en tanto que la Coatlicue se envió al patio de la universidad, en donde poco después fue enterrada por orden de los frailes convertidos en profesores. El motivo fue que gente del pueblo acudía a la universidad a ver la escultura; algunos llevaban cirios encendidos y ofrendas. Esto alarmó a los religiosos, quienes ocultaron la pieza en el patio. En 1803, el barón Alejandro de Humboldt quiso estudiar estos monumentos de la antigüedad y cuando solicitó ver a la diosa Coatlicue se le dijo que estaba sepultada para "no oponerla a la juventud mejicana". De inmediato pidió al obispo de Linares, Feliciano Marín, que interviniera para desenterrarla y estudiarla. Así se hizo, pero en cuanto Humboldt terminó de analizarla volvieron a enterrarla. Fue hasta después de la Independencia de México que se exhumó de manera definitiva (Eduardo Matos Moctezuma, *Las piedras negadas*, CONACULTA, serie Lecturas Mexicanas, México, 1998).

Como se ve, fueron causas políticas, religiosas y sociales las que provocaron estas vicisitudes, pero la importancia arqueológica de lo encontrado estaba a la vista.

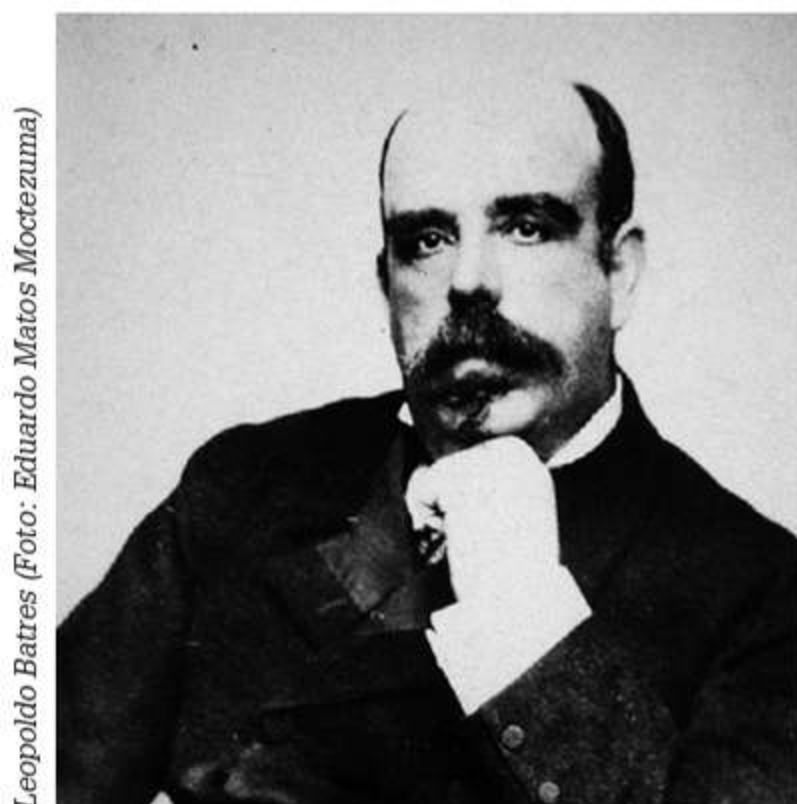
Pasaron varios años. El siglo XIX mexicano se distinguió por los viajeros interesados en el pasado indígena y sus obras. Ya nos hemos referido a Humboldt, quien en su libro *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (puede consultarse la obra de Jaime Labastida, Hum-



Excavación de las lápidas del lado sur del Templo Mayor

boldt, ciudadano universal, FCE, El Colegio Nacional, Siglo XXI, México, 1999, en donde se reproduce el escrito del barón dedicado al Calendario Azteca) estudia varios monumentos aztecas, entre los cuales se cuentan los tres monolitos antes descritos y la escultura de una deidad femenina. Los hallazgos casuales continúan en la ciudad de México, y es el mismo León y Gama quien, en una segunda parte del libro ya mencionado, habla de piezas que se veían empotradas en los muros de algunas casas (Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, INAH, Edición facsimilar, 1990, México). Encuentros fortuitos, como el de la cabeza de diorita de Coyolxauhqui, ocurrido hacia 1825 dentro de uno de los conventos del centro de la ciudad, y otras piezas más que fueron donadas enriquecieron el acervo concentrado en la universidad. Por cierto, en aquel año se firmó el Decreto por parte de Guadalupe Victoria, primer presidente de México, para que se creara el Museo Nacional que después de algunos años y de superar varios problemas, abrió sus puertas el 6 de junio de 1866, en la Casa de Moneda, bajo el patrocinio del emperador Maximiliano.

Don Porfirio Díaz, en persona, inauguró la famosa Sala de Monolitos, el 16 de septiembre de 1887, en donde se depositaron muchas piezas mexicas y de otras culturas. Por fin se contaba con el lugar



Leopoldo Batres (Foto: Eduardo Matos Moctezuma)

adecuado que serviría de casa para tantas obras del pasado y también como centro de investigación donde se llevaron a cabo estudios y publicaciones de los especialistas de entonces, a través de los *Anales del Museo Nacional*, cuyo primer número vio la luz en 1877. Por cierto, entre los trabajos publicados en él vale la pena mencionar el titulado "Dedicación del Templo Mayor de México", cuyo tema es la lápida de piedra verde esculpida hacia 1487, que se hizo para conmemorar la terminación de una de las etapas constructivas del principal

templo mexica (Manuel Orozco y Berra, "Dedicación del Templo Mayor de México", en *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, t.1, México, 1877, pp. 60-74).

Un acontecimiento que, sin lugar a dudas, viene a mostrar el interés en el pasado es el establecimiento de la Inspección de Monumentos Arqueológicos de la República, ocurrido el 8 de octubre de 1885, a instancias de don Leopoldo Batres, quien fue su primer director. Se contó así con una oficina responsable de atender los trabajos arqueológicos.

Primeras excavaciones controladas

A comienzos del siglo XX tuvimos noticias de la primera excavación controlada con motivo de una obra gubernamental. Se trató de los trabajos de rescate emprendidos por Leopoldo Batres, en la calle de las Escalerillas (hoy Guatemala), detrás de la Catedral. En 1900 se abrieron zanjas de oriente a poniente en medio de esta calle para instalar el drenaje público, para el cual se construyó un desagüe de dos metros de diámetro que destruyó las diversas etapas constructivas del Templo Mayor mexica. Batres esperaba que, con los trabajos, se llegara hasta la esquina de la calle Escalerillas y El Relox (hoy Guatemala y Argentina) para intervenir, pues pensó que el gran *teocalli* se ubicaba debajo de la Catedral metropolitana. Allí practicó el rescate de múltiples objetos que, por cierto, va ubicando en un plano de manera bidimensional, es decir, por la distancia que ocupa cada objeto a partir de la esquina mencionada y dando la profundidad de las mismas. No sólo recuperó objetos, sino también restos arquitectónicos como los altares-tzompantli decorados con cráneos. De todo ello se da memoria en su libro *Exploraciones en la calle de las Escalerillas (Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México, antología, coord. Eduardo Matos Moctezuma, INAH, 2ª edición, México, 1990)*.

Poco después hubo otros hallazgos importantes, la escalinata que corre de oriente a poniente y las esculturas de la cabeza de serpiente y el *ocelotl-cuauhxicalli* que se suman a las ya exhibidas en el Museo Nacional. Todo ello se encontró en 1901, en el patio de la Casa de los Marqueses del Apartado, en la esquina de las calles Argentina y Donceles; de tales descubrimientos nos dio noticia Jesús Galindo y Villa, quien tuvo a su cargo la ubicación de los objetos, en su artículo "La escalinata descubierta en el nuevo edificio de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública" (Eduardo Matos Moctezuma, *op. cit.*).

En 1914 es derruida la casa que ocupaba la esquina de las calles de Santa Teresa y Seminario (hoy Guatemala y Seminario), lo que permite a Manuel Gamio practicar el rescate del predio en cuestión. Éste encontró diversos vestigios; entre ellos, restos arquitectónicos, varias cabezas de serpiente, cráneos esculpidos y almenas en forma de caracol. Estas últimas lo hacen pensar que ahí se encuentra el Templo Mayor y que a él pertenecen. Interesado en que varios especialistas participen en el análisis de los materiales obtenidos, invita a Moisés Herrera a estudiar la fauna y flora encontradas, así como las cabezas de serpientes de piedra para detectar a qué especies pertenecen; también invita a Hermann Beyer para que analice las lápidas con la representación de una procesión de guerreros, ahí halladas (Eduardo Matos Moctezuma, *Las piedras negadas, op. cit.*).

Otro trabajo importante es el que desarrolló Emilio Cuevas, en 1933, en el predio en donde se



Hallazgos de Manuel Gamio y del Museo Etnográfico



Excavaciones realizadas en 1913 por Manuel Gamio, en la esquina de las calles Seminario y Santa Teresa (hoy Guatemala)



Manuel Gamio en las excavaciones del Templo Mayor, 1914 (Foto: Eduardo Matos Moctezuma)



Restos de la esquina suroeste del Templo Mayor, excavada por Manuel Gamio



Comienzo de las excavaciones del Templo Mayor

hallaba el Seminario Conciliar de México, en la esquina de Seminario y Guatemala, a un costado de la Catedral. Allí se practicaron excavaciones que dieron como resultado la localización de muros que, hoy sabemos, pertenecen al Templo Mayor. Cuevas hizo los planos respectivos y describió lo encontrado en cada pozo y cala excavados (Matos Moctezuma, *op. cit.*). En este mismo lugar se recuperaron grandes esculturas como la de Yotlicue, que estuvo primero en el Museo Nacional, y que guarda cierta similitud con la conocida Coatlicue.

En 1944, la riqueza arqueológica del subsuelo del centro histórico mexicano se vuelve a poner de manifiesto con el hallazgo de buen número de piezas detrás de la Catedral, en donde se hacía el Pasaje Catedral, en el terreno ubicado en la calle Guatemala número 12. Destacan las cinco esculturas que representan atlantes similares a los hallados en Tula, Hidalgo, por Jorge Acosta. También en el terreno en donde se construyó la Suprema Corte de Justicia, al costado sur de Palacio Nacional, se pudieron obtener varias piezas de cerámica y otras que vienen a enriquecer el acervo de la antigua ciudad. A pesar de que es imposible enumerar todas y cada una de las piezas que se han recuperado en el siglo xx, Salvador Mateos Higuera se dio a la difícil tarea de describir y colocar en un plano estos objetos; gracias a esto hoy conocemos, con cierta precisión, la ubicación de los mismos (Matos Moctezuma, *op. cit.*).

Hacia 1948, Hugo Moedano y Elma Estrada Balmori amplían lo excavado por Gamio y encuentran un brasero grande junto al cual se hallan una cabeza de serpiente y una ofrenda, que son remitidos al Museo Nacional con el informe de Estrada, y un plano de ubicación de algunos de los materiales obtenidos (Matos Moctezuma, *op. cit.*). Cabe agregar, que con los trabajos del Proyecto Templo Mayor, años más tarde se pudo rescatar el otro brasero, ya que el hallazgo consistía en una cabeza de serpiente flanqueada por dos braseros recubiertos de estuco, colocados exactamente a la mitad de la plataforma que sostiene al Templo Mayor en su fachada sur.

En la esquina de las calles Justo Sierra y Argentina se encuentra la Librería Porrúa. En 1964 me enviaron ahí para que me hiciera cargo de algunos elementos que se detectaron, gracias a la noticia proporcionada por César Lizardi. En el lugar pude rescatar un adoratorio azteca de seis metros de largo, orientado hacia el este, que tenía una plataforma con el edificio sobre ella en forma de talud y con el arranque de una moldura al estilo teotihuacano. El talud estaba decorado con una pintura del rostro de Tláloc. Sólo se pudo excavar la mitad del adoratorio. El mural fue desprendido y, actualmente, se encuentra en el Museo de Antropología (Matos Moctezuma, *op. cit.*).

En 1967 empezaron los trabajos para la construcción de la primera línea del Metro de la ciudad de México, por ello, el Instituto Nacional de Antropología e Historia se aprestó a efectuar el rescate correspondiente. Los tramos de la zanja fueron controlados por un equipo de arqueólogos que logró recuperar mucha información. El trabajo arqueológico se dificultó a causa de la prisa de los ingenieros por avanzar con la obra.

Dichos hallazgos arqueológicos tienen en común que fueron producto de las obras que se efectuaron por diversas razones en el centro de la ciudad. En 1978 ocurrió un descubrimiento del que se logró llevar a cabo una investigación, con todo el tiempo necesario y con la metodología correcta para un buen control. Así surgió el Proyecto Templo Mayor.



Vista general del lugar donde se encontró la escultura de Coyolxauhqui



Coyolxauhqui in situ

El Proyecto Templo Mayor

La madrugada del 21 de febrero de 1978, obreros de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro detectaron parte de una escultura en las calles de Guatemala y Argentina. Al día siguiente notificaron del hallazgo al INAH, se inició así el rescate de la pieza, que no era otra que Coyolxauhqui, deidad lunar. El equipo de trabajo logró rescatar toda la escultura y cinco ofrendas alrededor de ella. El 20 de marzo dio comienzo el Proyecto Templo Mayor, para lo cual se dividió el lugar en tres secciones, cada una a cargo de un arqueólogo. Se trató de una investigación inter y multidisciplinaria en la que participaron arqueólogos, restauradores, antropólogos físicos, biólogos, químicos, etnohistoriadores y otros especialistas.

La investigación se dividió en tres fases:

1) Recopilación de datos provenientes de dos ramas del conocimiento: la arqueología y las fuentes históricas. Con base en esta documentación se hicieron los planteamientos iniciales del proyecto, para lo cual se utilizaron dos categorías fundamentales: fenómeno y esencia. La primera se refiere a los aspectos visibles, inmediatos, como son el edificio y sus características, las deidades presentes en él, las ceremonias que se realizaban ahí, etc. La esencia es la información que se debe investigar, ya que no se puede ver a simple vista en el monumento; por ejemplo: las razones por las que el templo estaba dedicado a Tláloc y Huitzilopochtli o los mitos inmersos en cada lado del edificio.

2) La excavación es el procedimiento técnico por medio del cual se recupera la información arqueológica. Para ello se cuadrículó toda el área por excavar en unidades de 2×2 m para un mejor control de los datos.

3) La interpretación de los materiales obtenidos. Aunque desde hace varios años estamos inmersos en el análisis de los materiales, se ha continuado excavando en algunos sectores del edificio o en lugares aledaños a él. La fase de interpretación es la más prolongada debido a la complejidad de los materiales y a los diversos temas. Cabe señalar que hasta la fecha se han publicado más de 30 tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Los temas tratados van desde estudios del edificio mismo, de la cronología, del simbolismo, de las ofrendas, de las esculturas hasta de los trabajos de conservación; la pintura mural, los sistemas funerarios, la fauna y la flora, entre otros. Más de 300 trabajos se han publicado: libros científicos y de divulgación, artículos, guías, catálogos, folletos, antologías, etcétera. El Proyecto Templo Mayor es, en la historia de la arqueología mesoamericana, el que más ha publicado, y con temas referidos a él se han graduado gran número de estudiosos.

El museo de sitio da a conocer lo que fue el Templo Mayor. En él se exhiben buena cantidad de los materiales recuperados y, hasta el



Ofrenda 7, al sur del Templo Mayor



Ofrenda 6, explorada en 1978



Ofrenda del Templo Mayor (lado norte)



Cámara III, encontrada a un lado de Tláloc



Excavación del guerrero águila en el Recinto de las Águilas

momento, ha sido visitado por alrededor de 12 millones de personas. Hay que recordar que el Centro Histórico fue declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad, y que influyó, para obtener ese reconocimiento, la declaratoria oficial de la zona como "Centro Histórico", con lo que se lograron rescatar los monumentos coloniales e históricos del primer cuadro de la ciudad.

El Programa de Arqueología Urbana

En 1991 dieron comienzo los trabajos de cimentación en la Catedral metropolitana, ya que el monumento presentaba inestabilidad, provocada por la extracción de agua del subsuelo para uso de la ciudad. Esta extracción trajo como consecuencia el hundimiento paulatino de la ciudad en general y del Centro Histórico en particular. Cabe mencionar que tan sólo en el siglo xx el centro de la ciudad de México se hundió cerca de siete metros. De tal magnitud fue este fenómeno, que provocó la inestabilidad y las cuarteaduras de inmuebles, entre ellos la Catedral. Los ingenieros encargados de las obras abrieron grandes pozos o lumbreras a lo largo y ancho de la Catedral para solventar el problema, situación que los arqueólogos aprovechamos para intervenir en plan de rescate y detección de edificios, ofrendas y otros vestigios que se encontraban debajo del edificio. Era una oportunidad única y había que aprovecharla. De esta manera surgió el Programa de Arqueología Urbana (PAU), que pretende analizar siete siglos de asentamientos en el área que ocupó el recinto ceremonial mexica en la que, conforme a lo reportado por Bernardino de Sahagún, había hasta 78 edificios.

El planteamiento fue el siguiente: una vez detectado el centro fundamental de la cosmovisión mexica, el Templo Mayor o *Hueyteocalli*, era necesario conocer el recinto o Gran Plaza Ceremonial, dentro de la cual se encontraba junto con otros templos y adoratorios. El carácter sagrado del recinto era indudable. Sin embargo, este espacio sufrió transformaciones a lo largo del tiempo. Al momento de la conquista sus edificios fueron arrasados y perdió su carácter sagrado, los capitanes de Hernán Cortés se repartieron los predios, y construyeron casas y conventos. Sólo la esquina suroeste de lo que fue el gran recinto conservó su contenido religioso, pero con otros dioses, al construirse allí la Catedral cristiana. Pasó el tiempo y luego de edificar aquellas casas solariegas se erigieron, hacia el siglo xix, las casas de gente pudiente, algunas de las cuales aún se conservan. En el siglo xx se transformó el panorama, se dio paso a los comercios, a las vecindades, a los pequeños hoteles, a los restaurantes y a las fondas.

Por todo esto, el interés del PAU fue conocer cómo se transformó aquel espacio sagrado inicial hasta convertirse en lo que es hoy en día. Hasta el momento se han practicado excavaciones en más de 14 predios y se continúa trabajando en algunos de ellos. Junto con esto se fueron sucediendo otros hallazgos, como el del águila, *cuauhtlicalli*, encontrada en la Casa de los Marqueses del Apartado, en 1985, por Elsa Hernández, y la de la piedra



Vista general de la excavación del lado sur



Almena hallada en el Centro Cultural de España en México, a través del Programa de Arqueología Urbana (PAU)



Excavación del guerrero águila en el Recinto de las Águilas

conmemorativa de Moctezuma I, en uno de los patios del antiguo Arzobispado en la calle de Moneda, estudiada por Felipe Solís. También hay que agregar la cabeza de serpiente y otros elementos descubiertos en la Casa de la Primera Imprenta en la esquina de Lic. Verdad y Moneda, bajo el control de Guillermo Pérez Castro. Otros trabajos emprendidos por la Dirección de Salvamento Arqueológico en el estacionamiento de Bellas Artes y en otros lugares han permitido ampliar de manera considerable el conocimiento del pasado de la ciudad de México.

Ante la imposibilidad de relatar aquí en detalle todo lo realizado por el INAH, sólo resta añadir que la labor no culmina y que se continúa buscando en el tiempo la obra de los antiguos habitantes de Tenochtitlan. Uno de los más recientes hallazgos ocurrió el 2 de octubre de 2006, cuando se descubrió una monumental escultura de la diosa Tlaltecuhltli, enfrente del Templo Mayor. Esta singular pieza está siendo estudiada y se piensa que podría ser la lápida mortuoria de Ahuizotl, quien gobernó entre 1486 y 1502; otras piezas importantes localizadas en el Centro Cultural de España, detrás de la Catedral, fueron: siete almenas de barro, esculturas del dios Mictlantecuhltli y restos arquitectónicos que serán preservados en el lugar para que el público pueda conocerlos.



Esculturas reclinadas sobre la escalinata de la etapa II (1430 d.C.)



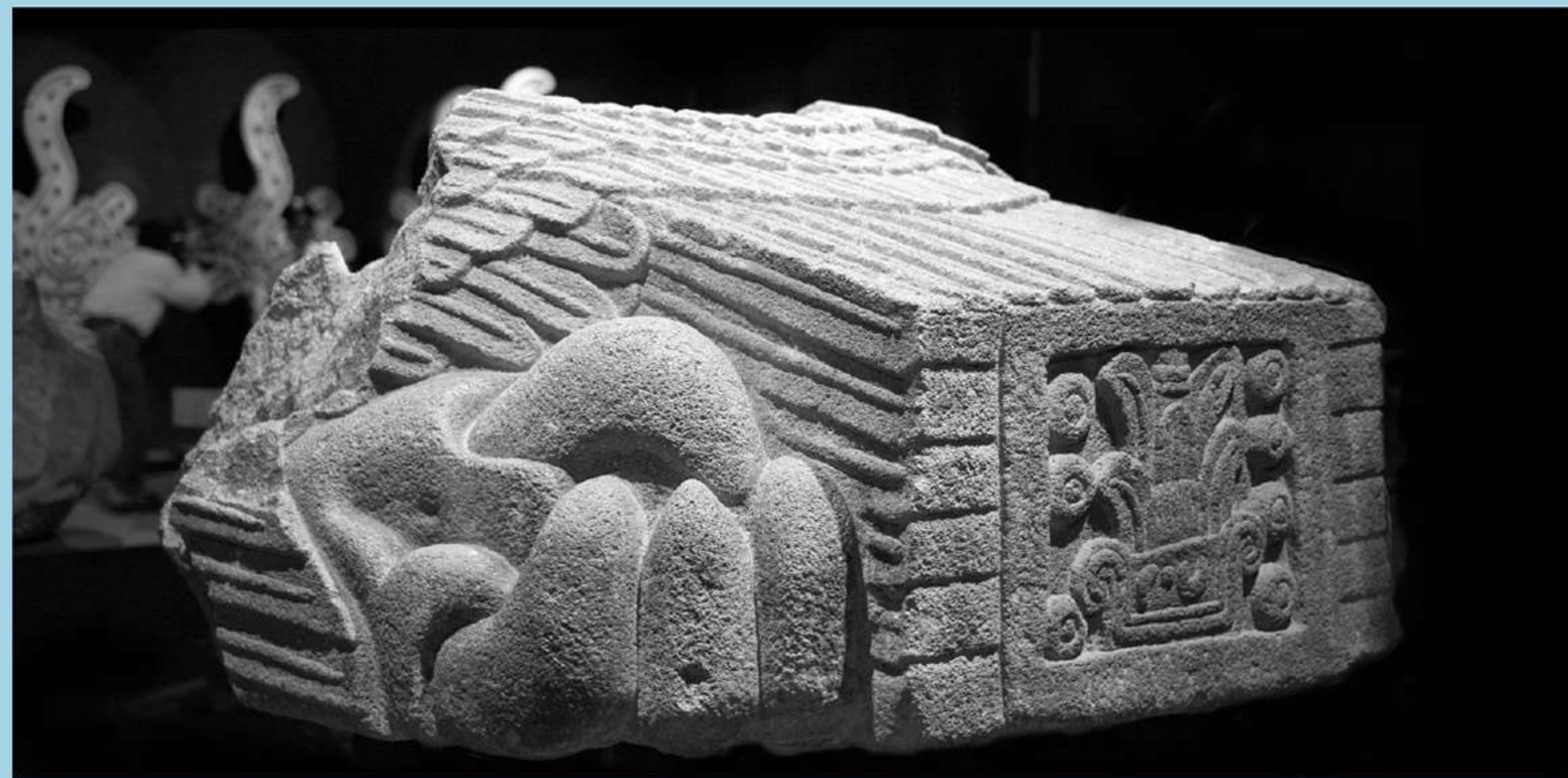
Coyolxauhqui



Templo Mayor



Águila, cuauhxicalli, encontrada en el edificio de los Marqueses del Apartado, explorado por Elsa Hernández Pons



Ave encontrada en el Centro Cultural de España en México, a través del Programa de Arqueología Urbana (PAU)



Panorama general del área del Templo Mayor



Tzompantli

Cómo llegar

La Zona Arqueológica y el Museo del Templo Mayor se encuentran en el corazón del Centro Histórico de la ciudad de México, muy cerca de la Plaza de la Constitución o Zócalo. La entrada y la taquilla se ubican en la calle de Seminario número 8, en la Plaza Manuel Gamio, a un costado de la Catedral Metropolitana. El acceso más cómodo es la estación Zócalo de la línea 2 del Metro.

